

EL "CATALOGO MONUMENTAL" DEL CONDE DE CEDILLO

POR FERNANDO GIMÉNEZ DE GREGORIO

Cobra actualidad la prócer figura de D. Jerónimo López de Ayala-Alvarez de Toledo, Conde de Cedillo, con la publicación, por la Diputación de nuestra provincia, de su hasta ahora inédito, *Catálogo Monumental de la provincia de Toledo*, que acaba de aparecer. Con él se completa su notable obra histórico-artística en buena parte dedicada al conocimiento del pasado de Toledo y de su provincia. Toledo, patria de historiadores, tiene en el ilustre Conde de Cedillo uno de los más conspicuos; por ello

hay en la publicación de su Catálogo mucho de justicia a una labor ingente, a una persona unida entrañablemente a estas tierras.

Resultaba lastimoso para el investigador toledano al hojear los tomos del ejemplar mecanografiado que se guarda en la Biblioteca del Instituto «Diego Velázquez», del C. S. de I. C., el ver que los de otras provincias estuvieran editados y el nuestro tan valioso, inteligentemente hecho, trabajado con honradez, quedara allí, casi en el olvido.

Se ha hecho la justicia del recuerdo y prestado a los estudiosos un inapreciable servicio, a la vez que se incrementa el fondo bibliográfico toledano con una publicación de calidad, haciendo posible el trazado, tan necesario, de las rutas artísticas en la provincia. Cedillo las señaló con su fructífero viaje a través de los caminos, cubiertos de polvo blanquecino en La Mancha, torcidos en las serranías de los Montes, pedregosos y difíciles en La Jara, en cuyos bordes crece el tomillo, oloroso y humilde. El trajo a la Capital la salutífera fragancia de los campos toledanos. Este Conde de Cedillo, viajero erudito, llano en el trato, cordial, optimista a fuer de generoso, nos da una lección que no debemos olvidar. Pero no de otra manera se podía acometer la gran tarea que él finalizó con éxito. Hoy, al cabo de cincuenta años, su labor se ofrece en un magnífico libro en donde no se sabe qué admirar más, si el cúmulo de interesantes datos, si la agudeza del observador o el variado y rico material gráfico que ilustra el singular Catálogo.

La airosa torre de esbelto capitel, el altar dorado de apasionante y retorcida línea barroca, la valiosa cruz procesional, el vaso sagrado de rica pedrería, el castillo de belicoso perfil, la mole pétrea de la iglesia que se impone al breve caserío de blancas viviendas, el rollo que recuerda caros privilegios de villazgo, la imagen veneranda del Cristo muerto, la minúscula Virgen patrona, las techumbres mudéjares de la pobre iglesia rural, los polícromos azulejos del Siglo XVI, la portada señorial del abandonado palacio, las rejas trabajadas con primor que cierran los altares, las estatuas orantes, llenas de dignidad, de hidalgos campesinos, los patios silentes, las pinturas de los grandes maestros como tesoros guardadas, el sarcófago paleocristiano, las desmochadas torres defensivas de piedra y ladrillo, las nostálgicas estelas romanas, las caídas fortalezas que enseñan su fuerte armadura, los escudos de la nobleza rural campeando en los dinteles de las casas solariegas, las murallas, la tracería geométrica de los artesonados, las colegiatas apartadas, el puente medieval, las complicadas pilastras visigodas, las venerables pilas del Bautismo, los ricos ternos de plata y oro bordados... Nada olvidó el sagaz historiador de nuestro arte provincial. Todo desfila ante el sorprendido lector que no creía, a buen seguro, que en esos pueblos toledanos, perdidos en nuestra geografía, había tanta belleza y tanta historia.

